

Anarquismo cristiano

E.
MIRET
MAGDA
LENA

JESUS tuvo mucho de un bohemio, porque no tenía donde "reclinarse su cabeza", como les recordaba frecuentemente a sus discípulos. Era una especie de anarquista sereno, coherente, convencido y cargado de razón más que de emotividad. En una palabra: un hombre inconformista, dirigido en su vida por una razón profunda, pero nunca un reactivo que procedía por contraposición sentimental contra lo que veía. Era un vital, en el cual contaba su razón para esos pujos inconformistas.

El cristianismo, sin embargo, ha perdido mucho de esto a través de los siglos. Y tiene hoy en España una falta notable de identidad. Se encuentran dispersos los cristianos entre los vaivenes de la vida y de la moda, o entre los avatares de la añoranza del pasado y la ilusión de un mágico pero superficial porvenir de aparente cambio exterior en lo eclesialístico o lo civil.

Si después de Trento nos encontrábamos con un cristianismo rígido, formalista y centrado en el pecado, sobre todo sexual, hoy, en cambio, pretendemos un cristianismo sin nervio ni profundidad. En una palabra: ayer y hoy nos falta vida a los cristianos. No recordamos la palabra del fundador cuando señalaba que El era el "camino" y "la verdad" precisamente porque era "la vida".

Decimos también que el Dios cristiano debe ser el centro de nuestra vida de católicos. Pero al mismo tiempo lo escondemos bajo el abstruso misterio del Dios-Trinidad: un Padre, un Hijo y un Espíritu Santo que son "tres personas distintas y un solo Dios verdadero", como afirmaba nuestro catecismo del padre Astete. Un verdadero jeroglífico para quienes vivimos la vida día a día y minuto a minuto, porque no hemos de inspirar nuestro entusiasmo vital en esta abstracta concepción de Dios que pretende la unión de cosas que tan poco dicen hoy, y que se resumen al fin y al cabo en afirmar que en El hay "tres personas distintas" y "una sola naturaleza, con un solo entendimiento y una sola voluntad".

No es extraño que, con esta perspectiva tan etérea y conceptual, ocurriera lo que el filósofo Kant aseguraba: "Del dogma de la Trinidad, tomado literalmente, nada se puede sacar para la práctica". Lo contrario de lo que todavía seis siglos antes confesaba el gran pensador religioso Bernardo de Claraval: "Toda mi vida —decía este santo— debe referirse a la Trinidad soberana". O lo que todavía —con mayor énfasis moderno— señalaba en nuestra época contemporánea el teólogo

ruso Feodorof: "El dogma de la Trinidad es nuestro programa social".

Esto es lo que ha descubierto el grupo inglés de "cristianos por el anarquismo", los que han sabido extraer del antiguo catecismo lleno de especulaciones un programa de vida. Pero no dan un sentido esotérico y misterioso, resumido en el Credo que recitamos los creyentes, sino que saben extraer de él algo que tiene jugo vital. Lo mismo que tendríamos que hacer en España los católicos que somos progresistas, o que nos llaman progresistas los demás.

Tenía razón Proudhon —el pensador del anarquismo— al decir que "Dios, si es que hay un Dios, no se parece ni a la efigie de los filósofos ni a la que los sacerdotes han hecho de El".

Por eso, estos anarquistas ingleses, de creencia cristiano-católica, convencidos del sentido social de la vida sin demérito de la fuerza que debe ponerse en desarrollar la propia individualidad, se inspiran en el famoso Credo de San Atanasio, extrayendo de unas abstractas palabras alimento para su vida, porque saben comprender que ese mensaje de la divinidad trinitaria no parte de una idea monoteísta de Dios, sino que la primera idea que debemos tener del Dios cristiano es la comunicatoria, la representada por esa comunidad de los tres elementos divinos de la llamada Trinidad. Y así antes será la Trinidad que la unidad, de modo que la sociedad que ellos quieren construir —el reino de Dios— será aquella en la cual reine el gran mensaje de este dogma trinitario: que en lo más profundo de la realidad —allí donde, según el teólogo Tillich, se encuentra únicamente Dios— encontraremos un solo mensaje: el del modelo de la Trinidad, en el cual "se encuentra la diversidad en la unidad", y "donde la diferencia de funciones no hace sino potenciar la igualdad fundamental".

Este mensaje tan importante es el de saber que no hay antagonismos en la realidad profunda, entre lo uno y lo múltiple, lo individual y lo colectivo, lo personal y comunitario. Allí donde se encuentra el Único —que es Dios— se halla también el nosotros —los hombres—, porque Dios es una sociedad, una comunidad, una familia. Y así, en el lugar que se encuentra, comunidad humana, surgirá el mejor desarrollo de la persona.

Nadie que sea humano puede ni debe ser un solitario, un aislado. Y hasta San Simón del Desierto, tan admirablemente analizado por Luis Buñuel, es un hombre que no puede aislarse de los otros hombres en su soledad, aunque esté subido a una columna; sino que éstos necesitan comunicarse con él y él comunicarse con

ellos; en una palabra: darse a los demás. Será siempre verdad para quien crea con profundidad en este dogma trinitario, llegará a la conclusión de que "privarse de los otros es privarse de uno mismo", como ahora demuestra con claridad meridiana la psicología.

Se produce en el misterio central del cristianismo —si sabe entenderse y vivirse— lo que decía hace siglos San Hilario: "Son uno, siendo el uno para el otro".

Admirable modelo para cambiar el mundo actual —el del capitalismo occidental—, que quiere a todo trance dar un giro de 180° a esta frase. Y por eso pretende primero el egoísmo, para después intentar llegar a la imposible realización de ser los unos para los otros. Pero suma de egoísmos no crea jamás comunidad, sino lucha estéril de unos contra otros, como vemos todos los días. Fomenta esa selvática lucha por la competencia que está en el centro de gravedad de la sociedad occidental, y en particular de nuestra sociedad española. Y así nos va de mal en ella.

Por eso, el tema de la propiedad privada y de la propiedad colectiva estaba hace años mal planteado en los manuales católicos de doctrina social de la Iglesia: el antagonismo entre una y otra era real sólo porque se partía de un derecho sagrado a la propiedad individual, que se oponía de este modo a toda socialización. Y es que el Dios de esos sociólogos no era el Dios ante todo comunitario, el Dios Trinidad. El mensaje trinitario dice a los creyentes: no tengas miedo a dar, comparte, colabora dignamente y fraternalmente para alcanzar una convivencia material y moral entre tus conciudadanos, tus vecinos y tus prójimos. Y en esta apertura al otro no habrá ninguna oposición real al desarrollo de tu personalidad. El creyente debe recordar lo que enseñó San Juan Crisóstomo hace quince siglos: "Dios es Amor y el amor es un nosotros: exige ciertamente el yo y el tú, pero también exige la supresión de lo mío y de lo tuyo, que son palabras heladas".

Si quisieran los creyentes, sería verdad que el dogma central del Evangelio —de un Padre, un Hijo y un Espíritu— puede proporcionar una buena inspiración para construir la sociedad del futuro: porque en él reside —si se sabe analizar su mensaje desprendiéndolo de abstracciones— el núcleo básico de un buen programa social, que lo uno y lo múltiple son complementarios. ■